

N.º 2.— Felipe II y los Países Bajos.

I.

La revolucion de los Países Bajos ¿es política ó religiosa? Esta pregunta, que se reproduce en todas las guerras de los siglos XVI y XVII, se contesta de ordinario por el espíritu de partido, ó por el espíritu de sistema, más que por un estudio desinteresado de los hechos. Los que buscan en nuestras antiguas instituciones el origen de las libertades modernas, ven en la insurreccion de nuestros padres una sublevacion legítima contra la violacion de las cartas juradas por el soberano. Sin pensarlo, favorecen las miras de los ultramontanos, que quieren rehabilitar lo pasado y que, á pesar de su fanatismo, se encuentran algo perplejos y confusos á la vista de tanta sangre derramada por los hombres de Dios. Para lavar á la Iglesia de semejante mancha, los católicos dicen que la Inquisicion no fué más que una pantalla que sirvió de pretexto para la rebelion; segun ellos, los insurrectos belgas no eran más que unos revolucionarios é intrigantes. Es cierto que en los dos primeros siglos de la Reforma se mezclan incesantemente con la religion móviles interesados. La religion no era entónces lo que tiende á ser hoy, un sentimiento íntimo, una relacion del alma con Dios; era exterior, activa; era un partido político, porque se proponia una dominacion á la vez temporal y espiritual. Felipe II, aunque no era Emperador, reemplaza al jefe del Imperio; es el defensor, el brazo armado de la Iglesia; ambiciona tambien el imperio; al combatir por el catolicismo, combate tambien por la monarquía universal. Esto no impide que la religion sea el gran móvil de la larga existencia de Felipe II. En efecto, si se suprimen las pasiones y los intereses católicos, Felipe II es inexplicable, por mejor decir, es imposible; la faz del mundo hubiera cambiado por completo. Solamente el elemento religioso explica la revolucion de los Países Bajos; la religion enciende la guerra, la religion la prolonga, haciendo fracasar todas las tentativas de tran-

saccion; la religion produce la separacion de la Bélgica y de las Provincias Unidas; la religion da á la jóven república gloria y poder; la religion sume á los Países Bajos españoles en la miseria y la vergüenza.

La primera cuestion entre los Países Bajos y el Rey de España se suscitó con ocasion de la ereccion de nuevos obispados. Cuestion constitucional, se dice, porque el Rey menospreciaba derechos adquiridos, privilegios garantidos por las cartas. Los que razonan de este modo trasladan al siglo XVI las preocupaciones del XIX; en nuestros borrascosos debates se invoca tambien la religion; pero se tiene tal evidencia de que no es más que un disfraz, que se cree que lo mismo debia suceder en el siglo XVI. Los contemporáneos no lo creian así. Felipe II escribe á Granvelle que la institucion de los nuevos obispos era el único remedio para el sostenimiento de la santa fe: es, dice, la causa de Dios (1). ¿Por qué soliviantó los ánimos el establecimiento de algunos obispados? Si no se hubiera tratado más que de derechos y de intereses comprometidos, se concebiria que los abades y los obispos hubiesen hecho oposicion, pero no se comprenderia que el pueblo se hubiese movido; si se alarmó fué porque veia en los obispos los precursores de la Inquisicion española. El príncipe de Orange lo escribe á la gobernadora de los Países Bajos: «Vuestra Alteza puede recordar que las quejas, oposiciones y dificultades presentadas por todo este país con motivo del establecimiento de los obispos, no han tenido otra causa que el temor de que, bajo este pretexto, se tratase de introducir alguna forma de Inquisicion; tan odiosa y desagradable es, no sólo la cosa, sino hasta su nombre» (2). Esto es tan cierto que los partidarios de España, los celosos católicos tenian los mismos temores: *Hopperus* y *Viglius* se expresan lo mismo que el Príncipe de Orange (3), y el jesuita *Estrada* es de su mis-

(1) GRANVELLE, *Papeles de Estado*, t. VI, p. 52: «Siendo la causa tan de Dios.»

(2) GACHARD, *Guillermo el Taciturno*, t. II, p. 107: Compárese la *Apologia del príncipe de Orange* (DUMONT, *Cuerpo diplomático*, t. V, l. p. 398).

(3) HOPPERUS, *Memoria*, p. 62: «Parece increíble qué llamas produjo el fuego, ántes oculto bajo las cenizas, extendiéndose una voz y opinion, no sólo entre el pueblo, sino tambien entre la nobleza, y lo que es más, entre mucha gente de gran autoridad, y aún los del consejo de Su Majestad, de que su intencion

ma opinion (1). El *compromiso de los nobles* nos dirá por qué los Belgas tenían tan profundo horror á un tribunal que se llama santo: «No solamente la Inquisicion es inicua y contraria á todas las leyes divinas y humanas, no solamente excede á la mayor barbárie practicada jamas por los tiranos, sino que ademas no puede redundar más que en gran deshonor del nombre de Dios, y en la total ruina y desolacion de todos estos Países Bajos, tanto más, cuanto que á la sombra de la falsa hipocresía de algunos destruiria todo órden y policia, aboliria todo derecho.....» (2).

Los disturbios estallan, corre la primera sangre: ¿por qué causa corre? Escuchemos á los actores de aquel gran drama; ellos debian saber mejor que nosotros las pasiones que los agitaban. Marnix escribe al príncipe de Orange: «El que considere de cerca todas estas cosas, verá que el grande y continuado rigor que se ha empleado para la extirpacion de esta religion, por la cual hemos sido perseguidos durante tanto tiempo, ha sido lo mismo aquí que en toda la cristiandad, *el solo y único origen y motivo principal de la alteracion del pueblo.....*» (3). Tal es tambien la opinion de los historiadores españoles. Ya en el siglo XVI se discutia sobre las causas de la guerra que desolaba á los Países Bajos. A los que pretendian que la rebelion era debida á motivos políticos, responde *Bernardino de Mendoza* que los ánimos estaban ya soliviantados, cuando todavía no habia ninguna queja constitucional; que el carácter mismo de las hostilidades revelaba el origen de la animosidad de los combatientes: «¿por qué destruian las iglesias y los monasterios? ¿por qué torturaban á los sacerdotes y á los religiosos?» (4). Escuchemos tambien á Felipe II: cuando la sor-

era establecer en estos Estados y países la Inquisicion de España.» — *Memorias de VIGLIUS* (p. 28 de la edicion de WAUTERS): «*Jactabatur passim Episcoporum prætætu Hispanicam induci Inquisitionem, et hac via tandem intolerabili servitute totam regionem oppressum iri.*» — SANTIAGO DE WESENBEKE se expresa casi en idénticos términos (p. 104 de la edicion de RAHLENBECK).

(1) STRADA, lib. II: «*Una omnium maxime turbavit concivitque Belgarum populos suspicio primum, dein conatus inquisitionis adversum hæreses instituendæ.*»

(2) GROEN VAN PRINSTERER, *Archivos de la casa de Orange*, t. II, p. 3.

(3) GROEN VAN PRINSTERER, *Archivos*, t. IV, p. 289.

(4) *Comentario de MENDOZA* sobre los sucesos de los Países Bajos, t. I, p. 244-247 (edicion de Brusélas, 1860).

presa de Mons por el conde de Nassau, dijo que ántes venderia á Castilla que perder una aldea en los Países Bajos, *porque se trataba de la causa de Dios y de la conservacion de la santa fe* (1). Se acusa al despotismo y á la tiranía de Felipe II; más bien se le pudiera censurar su demasiada debilidad y condescendencia con los deseos de los insurrectos; retira los soldados españoles, consiente en la separacion de Granvelle, deja obrar á los señores; declara, y todos sus actos prueban que lo decia de buena fe, que no ha pensado nunca en innovaciones políticas; protesta que quiere conservar las antiguas franquicias del país y áun aumentarlas; no pide más que una cosa, y es que los Belgas sigan siendo fieles á su antigua religion (2). Cuando las provincias meridionales más adictas al catolicismo consintieron en entrar en negociaciones con el Rey de España, no vaciló en concederles todo lo que pedian. Si no pudo llegarse al mismo acuerdo con las provincias del Norte fué porque habia para ello un obstáculo invencible; habia una concesion que Felipe no queria, que no podia hacer, la de la libertad religiosa, y esta cuestion, dice un contemporáneo, excelente observador, dominaba á todas las demas (3).

Felipe, empeñado en una lucha gigantesca con los protestantes en Francia y en Inglaterra, hubiera celebrado con mucho gusto la paz con los insurrectos de los Países Bajos. En 1577 ratifica el *edicto perpétuo* y «se resuelve por completo á la Clemencia.» A principios de 1578 hace proposiciones, de cuya sinceridad dudan sin razon los Estados. Algunos meses más tarde consiente en que el Emperador negocie el convenio «con condiciones clementes y razonables»; se conforma con todo, «no obstante las cosas que han pasado y las extrañas maneras que se han usado conmigo.» En Colonia los comisarios imperiales opinan «que el Rey ofrece todo lo que razonablemente pueden pedir sus súbditos» (4). ¿Por qué á pesar de su extremada condescendencia no consigue su ob-

(1) GACHARD, p. 248.

(2) GACHARD, p. 368.

(3) LANGUET escribe en 1578: «*Res jam eo sunt deductæ, ut controversia de religione sit longe majoris momenti quam reliquæ omnes.*» (*Epist. secr. I, 2*, página 757.)

(4) GROEN VAN PRINSTERER, *Archivos de la casa de Orange*, t. VI, p. XLV.

jeto Felipe II? El embajador de Francia en Madrid nos dice la razon. Escribe á Carlos IX que, si no se tratase más que de cuestiones políticas, de opresion, de tiranía ejercida por el duque de Alba, se hallarian medios de conseguir la pacificación; pero «donde se trata de la religion, ya no hay medio por haber exagerado tanto los escrúpulos de conciencia, que no se puede ceder» (1). La religion y no la política es la que produce la ruptura; uno de los personajes más importantes de la Reforma nos lo dice: «Entiendo que todas las personas de talento deben estar convencidas de que la paz con el Rey de España y el ejercicio de la religion que profesamos y que debemos defender hasta morir, son cosas incompatibles» (2). Duplessis-Mornay tenía razon: todas las negociaciones vinieron á romperse en la dificultad religiosa.

Al enviar á Requesens á los Países Bajos, Felipe II consintió en conceder un perdon general á los insurrectos; pero tuvo cuidado de recomendar á su gobernador «que no favoreciese nada que pudiese perjudicar á la santa fe católica; porque jamas, dijo, haré sobre este punto la menor concesion, áun cuando hubiese de perder los Países Bajos» (3). Este terrible JAMAS se repite en todos los manifiestos del Rey de España. Se lee en la declaracion hecha á la Junta de Brusélas (1574): «El Rey no cederá JAMAS en punto á la religion. Dejar violar la santa fe, en la cual consiste la salvacion de las almas, el Rey no lo hará JAMAS.» Las instrucciones dadas á los comisarios del Rey para las conferencias respiran la misma inflexibilidad: «Respecto de la religion los desengañaréis absolutamente sobre conseguir cosa alguna de Su Majestad, por pequeña que sea, contraria á la antigua, en atención á que el Rey no ha pensado, suceda lo que suceda, en separarse un ápice de dicha religion católica romana» (4). La cuestion religiosa fué la única que impidió á las negociaciones dar resultado; prueba evidente de que las demas dificultades no eran más que secundarias.

Desde el comienco de las conferencias de Breda, el conde de Schwarzenberg escribió que no sería muy larga la discusion, si

(1) GROEN VAN PRINSTERER, *Archivos*, t. IV, p. 356.

(2) DUPLESSIS-MORNAY, *Correspondencia*, t. II, p. 122.

(3) GACHARD, *Correspondencia de Felipe II*, t. III, p. 45.

(4) GACHARD, *Correspondencia de Felipe II*, p. 576 y 668.

no habia debate relativo á la religion; pero sobre este punto, dijo, el Rey no quiere ceder, se niega á tolerar ninguna religion que no sea la católica. La única concesion que Felipe II se resignó á hacer fué permitir á los de la religion reformada que saliesen del país conservando la libre disposicion de sus bienes (1). A esto el príncipe de Orange respondió indignado que «aquellas condiciones eran más duras é inicuas que las que pudieran nunca imponerles los mayores tiranos del mundo, y que con ellas la situacion de los Belgas sería peor que la de los esclavos y animales; que se resolverian á morir unos despues de otros ántes de abandonar el suelo de la patria» (2). La oposicion religiosa, las pretensiones de los insurrectos y la obstinacion de Felipe dieron á la guerra el carácter de una lucha á muerte: «Quereis exterminarnos», dice el príncipe de Orange en las conferencias de Gertruidenberg «y nosotros no queremos ser exterminados» (3). Cuando se trata de ser ó no ser, las negociaciones son una tregua, un momento de descanso, pero no pueden dar ningun resultado. En Colonia, lo mismo que en Breda, la imposibilidad de garantizar la libertad religiosa hizo fracasar todo. El Rey no concedia á los reformados nada más que el destierro; es verdad que en las provincias de Holanda y de Zelanda se mantenía el *statu quo* religioso, pero era con la intencion, apénas disimulada, de volver á traerlas al catolicismo, una vez depuestas las armas (4). No habia paz posible; la religion desgarró los Países Bajos, como lo dijo con dolor un diputado de los Estados generales en las conferencias de Colonia (5).

(1) GROEN VAN PRINSTERER, *Archivos*, t. V, p. 145, 146, 72.—GACHARD, *Correspondencia de Felipe II*, t. III, p. 588.

(2) GROEN VAN PRINSTERER, *Archivos*, t. V, p. 151, 73.—GACHARD, *Felipe II*, t. III, p. 659.

(3) GACHARD, *Guillermo el Taciturno*, t. III, p. 456.

(4) En una nota dirigida al Rey de España por algunos diputados de los Estados generales de Colonia, le aconsejan «*cenige ewercitie van de gereformeerde religie toe te laten, om daerdoor den vrede te treffen endé alsoo middelen becomen om weder te weeren 't gheene dat men voor een tydt toelaten soude.*» METE-REN, p. 155 a; GROEN VAN PRINSTERER, *Archivos*, t. VI, p. 669-671.

(5) GROEN VAN PRINSTERER, *Archivos de la casa de Orange*, t. VI, p. 666.

II.

Decimos que la paz era imposible. La unidad de los Países Bajos no podía mantenerse más que mediante el dominio de una de las dos confesiones rivales, ó de la libertad de conciencia concedida á los protestantes. Felipe luchó con una obstinacion heroica para restablecer la unidad religiosa y sucumbió; en cuanto á los reformados, no podian pensar seriamente en imponer su fe á un pueblo que era en gran mayoría católico. Pero ¿por qué Felipe no hizo por la Bélgica lo que Enrique IV hizo por la Francia? Hay posiciones que, una vez admitidas, arrastran lógicamente, fatalmente, á los últimos extremos. Imputar á Felipe II su intolerancia como un crimen, sería imputarle como un crimen su religion. Añádase que tenía la nacion casi por completo á su favor. La historia suele buscar hombres para descargar sobre ellos su cólera y ejercitar sus venganzas; estos hombres los convierte en monstruos á fin de lavar á la humanidad. En realidad estos seres monstruosos no son más que la expresion de una fase de la sociedad, generalmente del elemento dominante. Esto sucede con Felipe II. Como católico no podía ni concebir la idea de la tolerancia; esto hubiera sido faltar al primero de sus deberes. Y aún cuando hubiera tenido sentimientos más grandes, dudamos de que hubiera podido hacerlos prevalecer; lo cierto es que los hombres que vivian en medio de la lucha los creian impracticables. Los católicos celosos decian que si el Rey concedia el libre ejercicio de la religion reformada, tomarian las armas y levantarían contra él todo el país (1). A los ojos de los creyentes fanáticos el privilegio más caro á los Belgas era el privilegio exclusivo de su fe. La pacificacion de Gante estipuló la conservacion de la religion católica y su dominacion fuera de las provincias de Holanda y Zelanda. Los Estados generales protestaron en todas ocasiones que querian conservar la antigua religion «y que preferirian morir

(1) Palabras del señor de Champigny á Junius. (GROEN VAN PRINSTERER, *Archivos de la casa de Orange*, t. v, p. 475.)

antes que ver cambio alguno en la fe»; por último, llegaron hasta pedir al príncipe de Orange que contribuyesen á asegurar el dominio exclusivo del catolicismo en Bélgica (1).

Querer á la vez la conservacion del catolicismo como religion dominante y la libertad religiosa del protestantismo, era pedir un imposible á Felipe II, que es la encarnacion de todo lo que la fe romana tiene de pequeño y rencoroso. ¡Hágase, pues, la separacion, rómpase la unidad de la patria! Un escritor belga dice que la separacion fué una desgracia para la Holanda (2). ¡Extraña ceguedad de las preocupaciones religiosas! Negar la prosperidad milagrosa de la jóven república, es negar la luz del sol. Y mientras las flotas holandesas cubrian todos los mares, ¿qué era de la Bélgica? Antes de la revolucion, un enviado veneciano visitó á Amberes; vió que la prosperidad de nuestra metrópoli comercial sobrepujaba con mucho á la de Venecia; hacíanse más negocios en Amberes en un mes que en Venecia en dos años. Cuando en 1580 Guicciardini hizo por segunda vez la descripcion de la Bélgica, dice que el estado presente se parecia al pasado como la noche al dia (3). Si hubiera escrito algunos años más tarde, la comparacion hubiera sido la de la muerte á la vida. ¿Quién mató el comercio y la industria en los Países Bajos españoles? El fanatismo católico que arrojó á millares á nuestros comerciantes y á nuestros industriales (4). Acaso la riqueza y el poder tienen poca importancia á los ojos de la ortodoxia; pero hay un elemento que pesa lo mismo en los destinos de las naciones que en los de los individuos, y es la inteligencia. ¡Compárense las provincias protestantes del Norte con las provincias católicas del Mediodía, y júzguese! La Holan-

(1) GROEN VAN PRINSTERER, *Archivos*, t. v, p. 454, 384; t. vi, 155 y sig.: «Que el ejercicio de la religion romana no sea impugnado de ninguna manera, ni se permita otro culto á las demas provincias de los Países Bajos.»—C. GACHARD, *Correspondencia de Felipe II*, t. III, p. 537.

(2) DE GERLACHE, *Historia del reino de los Países Bajos*, t. I, p. 93.

(3) RANKE, *Fürsten und Völker*, t. I, p. 484, 489.

(4) Breve discurso enviado al rey Felipe (*Memorias de CONDÉ*, v, 387): «Es una cosa casi increíble cuántos perjuicios han traído las persecuciones de cuarenta años á esta parte á las industrias de paños, sedas y tapicería, industrias propias y como peculiares á estos Países Bajos, y que por este medio han sido llevadas á los Ingleses, Franceses y demas naciones, etc.»

da ha vivido por el libre pensamiento y ha conservado el culto de la ciencia. En Bélgica el catolicismo ha matado la libertad de pensar, y la gazmoñería nos ha conducido al embrutecimiento intelectual.

Es preciso insistir sobre este doloroso asunto, hoy que se quisiera hacer del catolicismo el principio de nuestra nacionalidad; es preciso que la Bélgica sepa á quién debe las tinieblas que la han cubierto durante siglos: á la alianza del clero y de la nobleza. Que los prelados se hayan arreglado fácilmente con Felipe II, nada más natural; y que los ha inspirado solamente el interés de la religión, no hay necesidad de decirlo. Sin embargo, los hechos no están muy conformes con la historia, tal como la escriben los ortodoxos. Federico de Maroilles, abad de Ive, fué por mucho tiempo uno de los más ardientes patriotas. En 1577 el príncipe de Orange le hizo entrar en el consejo de Estado. Diputado en el congreso de Colonia, una pensión de 5.000 ducados le hizo pasar, según se dice, al partido de Felipe II. ¿Tenía siquiera convicciones religiosas que, si no excusan su traición, al menos la explicasen? Los religiosos de Saint Bertin se negaron á recibirlo como abad. «No teneis razón, les dijo el celoso católico, porque no hubierais podido escoger un superior que más os conviniese. ¿Quereis un jesuita? Yo lo soy. ¿Un borracho? También lo soy. ¿Un hombre retirado? Lo seré. ¿Un buen camarada? Ni más ni menos. ¿Un cortesano? Conozco perfectamente el oficio. ¿Un majadero? Digo lo mismo» (1). El abad conocía perfectamente todos los oficios, incluso el de traidor.

En cuanto á la nobleza, tenemos el testimonio de Estrada que dice que los señores belgas fueron insaciables; necesitaban *toisons de oro*, empleos, honores; los hubo que se vendieron literalmente, recibiendo el pago en dinero, y entre ellos se encuentran los nombres más ilustres de nuestra patria (2). Consignamos con satis-

(1) *Memorias anónimas sobre las perturbaciones de los Países Bajos*, publicada por BLAES, t. II, p. 87, nota 1 y p. 149 nota.

(2) STRADA, *de bello belg.*, II, 150; BORGNET, *Felipe II*, p. 137, 139.

Damos como muestra el tratado por el cual JORGE DE LALAING entrega al príncipe de Parma las plazas cuya defensa le habían confiado los Estados:

«Se le dejarán los gobiernos de la Frisia y del país de Overyssele, y será confir-

facción que el pueblo se declaró por el príncipe de Orange, es decir, por la causa de la independencia y de la libertad (1). Las provincias walonas, que al principio habían abrazado con ardor el movimiento protestante, acabaron por unirse á los católicos; pero aún siendo católico, el pueblo hubiera querido conservar la unión con las provincias protestantes (2). Esto era una inconsecuencia, pero esta inconsecuencia es admirable cuando se la compara con la codicia y ambición que inspiraban al clero y á la nobleza. ¡Sirva de lección á Bélgica la historia de lo pasado para el presente y para el porvenir!

Como Belga deploramos la ruina de los Países Bajos. Al cabo de dos siglos todavía sangran nuestras heridas y no se borrarán tan pronto las señales de las cadenas que hemos arrastrado. ¿Debemos por esto maldecir la revolución del siglo XVI porque es la causa de nuestra decadencia? El historiador debe elevarse por encima de los intereses de su patria para abarcar el conjunto de los destinos humanos. ¿Cuál era el objeto de la lucha que dividió á toda la Europa en el siglo XVI y que no acabó en el XVII hasta después de la más horrible de las guerras? Tratábase de conquistar la libertad religiosa, es decir, el derecho de pensar con libertad, y mientras el pensamiento no es libre, la libertad política es una mentira. De manera, que de un lado la libertad y de otra parte la dominación de todos los antiguos intereses coaligados contra

mado en ellos por cartas patentes del Rey; se le dará una pensión de 1.000 florines, sacada del patrimonio real de aquellas provincias.

» El Rey erigirá en marquesado la tierra de Ville; se hará de modo que el Rey le comprenda en la primera promoción de caballeros del Toison de Oro.

» El príncipe de Parma le dará dos regimientos.....

» Se le entregarán 20.000 escudos de oro en cuanto se celebre el tratado.»

(*Documentos inéditos referentes á las perturbaciones de los Países Bajos*, publicados por KERVYN y DIEGERICK, t. I, p. 44.)

(1) GROEN VAN PRINSTERER, *Archivos de la casa de Orange*, t. V, 148 y sig.

(2) Las compañías populares de Arras detuvieron á los escavinos de Arras que se habían mostrado contrarios á la unión del Artois con Flandes (GACHARD, *Guillermo el Taciturno*, IV, 35). El Municipio de Arras decidió, por unanimidad, que de ninguna manera tenía intención de separarse de la generalidad ni hacer paz particular con perjuicio de las demás provincias. En Valenciennes los miembros del primer orden votaron la sumisión al Rey; el segundo miembro y el pueblo bajo no quisieron determinar nada, antes de que la totalidad fuese comunicada á los Estados generales (GROEN VAN PRINSTERER, t. VI, p. 521, 523).

la emancipacion de la humanidad; tal es el objeto de los combatientes. La revolucion de las provincias belgas desempeña un gran papel en este glorioso combate. Un sabio holandés, entusiasta por el protestantismo, y á quien estimamos por sus convicciones ardientes, dice que la revolucion de los Países Bajos salvó la libertad de conciencia (1). Esto no es un sistema formado *à posteriori*. Los hombres empeñados en la lucha, principalmente el más grande de todos, el príncipe de Orange, estaban animados por esta noble conviccion: «Preveo claramente, dice Guillermo el Taciturno, que si este país vuelve á caer bajo el yugo y la tiranía de los Españoles, en todos los demás países la religion se resentirá notablemente, ó sea, hablando humanamente, que quedará reducida á términos que será desarraigada, sin que apénas quede una chispa de ella» (2). Felipe II echó en cara al príncipe de Orange, como un crimen, «el haber procurado la libertad de conciencia», y sus correligionarios le acusaron de ser demasiado indulgente con los católicos, de comprometer la salvacion de la patria con su excesiva moderacion (3). Esta doble censura es la gloria del héroe belga. Hoy se quisiera rebajar la gran figura del Taciturno y convertirlo en un ambicioso de baja estofa; los que de tal manera juzgan á uno de los héroes del siglo XVI, no prueban más que una cosa, y es que no comprenden su grandeza. La ambicion del príncipe de Orange era más elevada; queria la libertad religiosa para su patria, y al conquistarla para un pequeño rincón de Europa la conquistó para el mundo. El libertador de las Provincias Unidas tenía conciencia de su mision: «Hemos sufrido, dice, durante algunos años una pesada carga para librar á los Países Bajos de la tiranía de los Españoles y asegurar por el mismo medio la de los países circunvecinos y aún la de Alemania» (4). Sus contemporáneos le han hecho la misma justicia: «El príncipe de Orange, dice el landgrave de Hesse, nos ha defendido á nos-

(1) GROEN VAN PRINSTERER, *Archivos de la casa de Orange*, t. I, Prólogo, página x (primera edicion).

(2) GROEN VAN PRINSTERER, *Archivos de la casa de Orange*, t. IV, p. 388.

(3) Apología del príncipe de Orange, en DUMONT, *Cuerpo diplomático*, t. V, 1, p. 396.

(4) GROEN VAN PRINSTERER, *Archivos*, t. V, p. XX.

otros, protestantes de Alemania.» Walsingham, el célebre diplomático, confiesa que sin la lucha sostenida por el príncipe de Orange contra España, la Inglaterra hubiera ardido y la Reforma se hubiera visto comprometida (1).

¿Cómo ha podido un hombre luchar contra el monarca de dos mundos y vencerle? Guillermo de Orange tenía una confianza inquebrantable en la Providencia; esta fe le sostuvo en la más ruda de las carreras, y esta fe no engaña nunca al que la profesa para un fin santo. La Historia puede afirmar sin presuncion que Dios acudió en auxilio de nuestros héroicos antepasados y de su ilustre jefe. El mismo que amenazaba la libertad y la existencia de los Países Bajos fué el instrumento providencial de su salvacion. Felipe II tenía algo de universal en su ambicion, como el catolicismo, de quien era el campeón. Ambicionaba el trono de Francia, continuaba la conquista de Inglaterra; pero abarcando en sus planes el mundo entero, dividió sus fuerzas y se debilitó. Los inmensos armamentos de la Armada hubieran bastado para acabar con los Belgas; el dinero y la sangre derramados en Francia por una ambicion irrealizable hubieran bastado para reconquistar las pocas provincias que combatian solas contra el señor de las Españas y de las Indias. Felipe II queria lo imposible, y el principio mismo que le impulsaba á obrar le llevaba á querer lo imposible; la unidad católica deja de existir cuando no es absoluta. Pero habia llegado el tiempo en que aquella unidad habia de quebrantarse. Felipe II se hizo el defensor de un sistema religioso y político que destruye la independencia de las naciones y que mata la libertad de pensar; por esto el omnipotente rey fracasó.

N.º 3. — Felipe II, el catolicismo y la Reforma.

La guerra contra la casa de Austria es casi permanente en el siglo XVI; las paces que la interrumpen no son más que treguas, y durante estas treguas mismas las hostilidades siguen sordamente. En tiempo de Carlos V la lucha fué en apariencia exclusiva-

(1) GROEN VAN PRINSTERER, *Archivos*, t. VII, p. 547; t. IV, p. 7.

mente política; el rey de España tenía su ambición de emperador que le impulsaba á engrandecerse y á dominar sobre la cristiandad; Francisco I estaba completamente dominado por un vago, pero poderoso deseo de conquistas. En tiempo de Felipe II la guerra tomó un carácter religioso; era un duelo á muerte entre el catolicismo y el protestantismo. Intereses políticos se mezclaban con las pasiones religiosas, pero tenían que encubrirse con el manto de la fe para ser aceptados; la intervencion armada de Felipe II en Francia, las conjuraciones que tramó en Inglaterra y que dieron por resultado el armamento más formidable del siglo XVI, no se comprenderian, hubieran sido imposibles, si Felipe II no hubiera sido el defensor de la Iglesia. La ambición de Felipe como jefe de la casa de Austria y la ambición del catolicismo se confundian; el catolicismo queria reconquistar por la fuerza el terreno que habia perdido, y toda conquista de la Iglesia se convertia en una conquista para el que era su brazo armado.

El Pontificado ha encontrado un rey á medida de su deseo. Desde el primer dia de la Reforma, vió que la revolucion religiosa no se dominaria por medio de discusiones ni de concilios; apeló á la fuerza, que tan buen resultado le habia dado en la Edad Media. Carlos V, por muy católico que fuese, no era el hombre de la Iglesia. Aquel defensor de la Santa Sede tomó á Roma por asalto y tuvo al Papa prisionero; aquel patrono de la fe católica decidia de la fe en las dietas de Alemania, sin cuidarse del Vicario de Dios; la política dominaba en él á la religion. En su hijo, tanto por el carácter del príncipe como por las circunstancias, la religion dominaba á la política, ó al ménos, se hallaban unidas por un vínculo tan íntimo que es imposible separarlas. Tambien Felipe II estuvo en guerra con el Pontificado, pero no la provocó él, sino el carácter altanero de Pablo IV; despues de vencedor, el rey de España se humilló ante el vencido. Desde aquel momento la mision de Felipe II fué invariable; campeón del catolicismo, intervino donde quiera que habia lucha entre la antigua religion y la Reforma.

Felipe II no tuvo ocasion de emplear la fuerza en Alemania. No porque hubiese cesado la lucha en la patria de Lutero, sino porque, despues de la paz de Augsburgo, las dos confesiones ha-

bían depuesto las armas. Aquella paz no era más que una tregua, porque vino á parar en la más horrible de las guerras religiosas, la que durante treinta años desoló la Alemania. Un gran peligro amenazó al parecer al catolicismo despues de la muerte de Fernando. Maximiliano, su hijo, educado durante el primer ardor del protestantismo, tenía ideas poco favorables á Roma; se podia temer que, al llegar al Imperio, abrazase francamente el partido de la Reforma. El Emperador siguió siendo católico, pero no era un católico muy celoso; concedió á los nobles de Austria la libertad de conciencia que su padre les habia negado obstinadamente. Grande fué la consternacion en Roma. El Papa Pío V se apresuró á enviar un legado á Madrid. Felipe II acababa de perder su mujer, Isabel de Francia, pocos meses despues del trágico fin de su hijo D. Carlos. Inaccesible para todo el mundo, el rey recibió al enviado del Santo Padre, y le respondió «que en verdad habia sentido más dolor por la noticia que le traia que por la muerte del príncipe y de la reina, porque lo que afectaba á Dios y á la religion no admitia comparacion con una afeccion terrestre.» Felipe escribió inmediatamente á Maximiliano en los términos más expresivos; le suplicó y le requirió que reflexionase sobre lo que exigian de él la posicion á que Dios le habia elevado y la dignidad imperial, cuyo principal deber consistia en defender la religion católica y la Santa Iglesia Romana, en perseguir y castigar á sus enemigos; no admitia que ningun interes político excusase el abandono de la religion: «Todo lo que yo pierda, dice, por defender á Dios y su religion, lo tendré á gloria y honor» (1). Maximiliano no siguió los fanáticos consejos de su primo; pero á pesar del favor secreto que dispensaba á los protestantes, la reaccion católica no tardó en manifestarse, sirviéndose de la misma paz de Augsburgo que los protestantes vencedores habian arrancado al hermano de Carlos V. El genio español inspiraba y dirigia tambien aquel movimiento, salvo que las armas no eran las de aquellos antiguos tercios españoles, sino el entusiasmo religioso y la astucia mundana que caracterizan á la Sociedad de Loyola. En otra parte seguiremos los progresos de aquella lucha semi-pa-

(1) *Boletines de la Academia real de Brusélas*, t. XII, P. 1.^o, p. 152 y sig.